

antiguas crónicas llamaban al filibustero Drake, Draque: razón hai, pues, para el *back* por *back* de los vapores de río.

La resina que llamaban antes *ánime* ya es *anime*, como hemos dicho siempre por aquí.

I, por último, *Heródoto* es Herodoto.

SEXTA PARTE.

REGLAS EDUCATIVAS QUE SE REFIEREN A LA CONVERSACIÓN I AL LENGUAJE.

I

Una mujer que conoce los deberes anexos al carácter de dueña de su casa, hace hablar a los que la visitan, i en lo que se refiere a sí misma, habla poco. Su papel es el de hacer lucir la gracia de éstos; el ingenio, la originalidad de aquéllos; la ciencia del sabio; el genio del poeta; el talento del artista, etc.

Hábil en el arte de recibir, sabe *apresar* a las personas que se agradan entre sí, i, de tal suerte, llega a convertir sus salones en un centro de todo en todo agradable.

Si recibe gentes tímidas o amigas de hablar poco, proporcionará todas las frases necesarias e imaginables para no dejar languidecer la conversación. No poco inteligente, sabe hablarle al médico de su profesión; a un oficial, de lo que se relaciona con la guarnición i el ejército; a un magistrado, de tal cual pleito, de tal cual causa; a un artista, de su arte. Materias son éstas que no se abordan sino para animar el espíritu del visitante taciturno o si es que se ha notado en el mismo un gusto exclusivo por la principal ocupación de su vida. Por el contrario, muchas personas gustan distraerse de sus preocupaciones habituales; en este caso, se apela a otra materia que parezca más atrayente

para el interlocutor, pues es entendido que no se debe tener por objeto el propio placer, sino el de la persona a quien se recibe.

La señora inteligente, a la manera de hábil piloto, dirige la conversación con el mayor tino i cuida de alejarla de aquellos mares sembrados de escollos, como las cuestiones políticas i religiosas, por ejemplo, que pudieran ocasionar discusiones, i ya se sabe que no son pocas las personas que en la discusión pierden los estribos como comunmente se dice.

Los acontecimientos literarios, científicos o artísticos del día podrán servir de tema, siempre i cuando se reciba a personas inteligentes, letradas, que conozcan de asuntos de arte o que gusten de ellos, pues no ha de hablárseles de pintura a quienes nada entienden en el particular, ni de música a los que con respecto a ésta se hallen en el mismo caso, ni de ciencia a los ignorantes.

En una palabra, hai que conocer los gustos, las tendencias de cada cual, de manera que la conversación tenga interés para todos i cada uno de los visitantes. La razón es obvia, porque ¿qué vendría a ser de una mujer frívola que no gusta sino de trapos i adornos, en un círculo en que se agiten cuestiones filosóficas? Hai que dejarla hablar de vestidos i sombreros.

Muchas damas de tono acostumbran tener en sus salones una ayudante que, en casos como el de que acabamos de hablar, se encargan de las personas frívolas, mientras las primeras escuchan al filósofo.

II

Las mujeres bien educadas jamás murmuran de ninguno de sus conocidos, como tampoco los ridiculizan por ningún respecto, i si alguna vez se toman la libertad de decir una broma, es del todo inocente i nada picante. Hablan, por el contrario, lo mejor posible de sus amigos, i los defienden, si se les ataca, así se hallen ausentes como presentes. Se empleará, al efecto, la mayor dulzura en la defensa, pero no se ocultará la pena que se experimenta al oír cosas desagradables acerca de personas a quienes uno estima—dice una apreciable escritora. A ser la

crítica demasiado justa para admitir refutación, se responde: «Qué quiere usted, así los o las estimo yo,» refiriéndose a los hombres o mujeres a quienes se critica. El interlocutor callará inmediatamente, si es persona de mundo, pues comprende cuánto más desagradaría en el caso de continuar con sus sátiras.

Por lo demás, una regla general hai que observar en las relaciones, i es la de no herir a otro en sus amistades. Es fácil contener una palabra que puede afligir, ofender. En materias religiosa i política, se procede rectamente con halagar, *hasta cierto punto*, al adversario honrado, cuyas convicciones son sinceras, i toda especie de discusión debe ser cortés de parte i parte.

Guardémonos bien de las personalidades en toda conversación.

Encuétranse también no pocas mujeres, especialmente, bastante tontas para desmenuzar la personalidad física de una amiga presente, como lo harían con una ausente:

—«Hermosos son vuestros ojos, pero tenéis demasiado espesas las cejas. Tenéis bonitos dientes, lo que hace disimular lo grande que es vuestra boca. Parecéis más alta que yo, pero no son sino vuestros hombros los más altos, etc.»

Nada más descortés ni que revele mayor ignorancia, envidia o emulación que tales cumplidos seguidos de una crítica.

He aquí otras comparaciones no menos desagradables:—«Vuestra hermana es más blanca que lo sois vos.»—«Vuestra prima tiene un talle más delgado.»—Lo que quiere decir ni más ni menos: «No como el vuestro, que es grueso por demás.»—Por último, no faltan quienes también digan:—«Vos sois como yo—nada lista, nada ligera, nada instruida, etc., etc.»

Las gentes bien educadas no hacen cumplimientos del todo directos, porque éstos atan a las personas modestas, tímidas, i las embarazan para responder a una alabanza disparada a quema ropa, como se dice; pero si el cumplimiento sin precauciones oratorias está proscrito, ¿qué decir de la crítica i de las desagradables comparaciones a quema ropa también?

Sea la burla o la franqueza brutal la que las dicte, es lo cierto que ellas hacen tomarle aversión a la persona que las lanza,

¿podrá esta persona pretender que la antipatía que inspira sea inmerecida? No ciertamente.

Es de mal tono hablar de las propias imperfecciones físicas, que están a la vista de todo el mundo, sin necesidad de indicarlas. Un sentimiento de generosidad debe evitarnos el hablar de nosotros mismos aunque sea mal. Si decís, por ejemplo:—Tengo unos ojos sumamente pequeños; mi mano es horrible,» no faltarán personas benévolas que se crean obligadas a protestar i a buscar una atenuación para tales defectos, i que en el fondo se sientan contrariadas de tener que hablar contra sus convicciones. Otras, por no faltar a la verdad, no responderán palabra, i les será desagradable tener que confirmar vuestro dicho con el silencio.

Una de las grandes cualidades de las gentes de mundo es la de permanecer impasibles aun cuando oigan las más grandes patochadas. La educación o la benevolencia hace mantener en calma a las personas instruidas cuando las que no lo son cometen en su presencia verdaderos disparates. Lo mejor es no hacer notar tales errores i, con mucha mayor razón, no burlarse, ni con una sonrisa siquiera, del que incurrió en ellos. Ahora bien, si por cualquiera causa hai que rectificar el juicio del que habla sin saber lo que dice, se toman precauciones oratorias de todo género, a fin de no herir su amor propio ni de desconcertarlo.—«Excúseme usted, pero no se habrá engañado en . . . Yo creía que las cosas habían pasado de otra manera.—¿Qué le parece a usted! Estaba yo en la creencia de que este acontecimiento se había verificado en tal época.»—Noventa i nueve veces en ciento os responderá vuestro interlocutor:—«Es muy posible.—Debe usted tener razón.—Lo sabe usted mejor que yo.»

Si, por el contrario, refutáis el error con un tono i un aire que no admiten réplica; si decís rudamente:—«Ca, hombre, está usted en un error; ha cometido usted error crasísimo,» no hacéis otra cosa que armar al ignorante contra vuestra rectificación, si es hombre testarudo; si es un poco sensible, lo llenáis de pena, lo humilláis i, por último, si es persona que tiene confianza con vos, destruis el mayor encanto de las relaciones, de la intimidad al menos, que consiste en que no se tenga miedo de ha-

blar delante de nosotros, si es que somos nosotros las personas instruidas.

La despreciante lástima del sabio hacia el ignorante produce el efecto de que éste se repliegue en sí mismo, digamos así: podéis ilustrarle dulcemente, i si tal no procedéis, en lo sucesivo su inteligencia se cerrará para vos, rechazará las luces que le ofrecéis con brusquedad, con impolítica, con falta de caridad.

Algunos de los que se llaman sabios se equivocan de cuando en cuando. Si los individuos a quienes consideran como inferiores a ellos arriesgan, en cualquiera materia, una contradicción, una observación tímida, veréis entonces a aquellos hombres, seguros de sí mismos, indignarse, no querer escuchar nada, impedir que su interlocutor se explique. No encuentran expresiones bastante desdeñosas para repeler la refutación del que se ha atrevido a dudar del saber de ellos, de su genio.

Aunque tengamos la seguridad de habernos explicado claramente en tal cual asunto i que la persona con quien hablamos es la que no nos ha podido comprender, no se lo hagamos jamás saber así, i mucho menos con frases tan groseras como—«Usted no me ha entendido,» u otras por el tenor; lo que debemos decirle es:—«No me he explicado bien, etc.,» i, a partir de esto, hablar aún más claro que lo hiciéramos antes, hasta persuadirnos de que realmente hemos sido comprendidos.

Hai individuos que por ignorancia, necedad o causa análoga, nos hacen preguntas como la siguiente, refiriendo a personas de categoría o de mayor edad: «¿Ha visto usted a Ordóñez? Con responder—«No, o no señor, no le he visto,» obramos rectamente. Mas no proceden de igual manera los que replican: «No he visto al señor Ordóñez,» en razón de que con haber añadido la palabra subrayada le dan nada menos que una lección de cortesía al interlocutor, lección que, de todos modos, tiene que humillarle.

He aquí otros modos de decir que sólo emplean las personas que desconocen en absoluto hasta los más triviales principios de la urbanidad: «Yo i usted estábamos presentes, ¿no es verdad?» «creí que habían concurrido al acto su amigo Pérez i us-

ted.» La persona que habla, se pone siempre en último lugar i en el primero se coloca, siempre también, a la que escucha.

III

No se puede, como de seguro quisieran algunas personas, componer aquí las frases en uso entre los que se visitan, frases que los mismos se aprenden de memoria i que van esparciendo de salón en salón. Sería la cosa más tonta del mundo, aparte de que, en concepto de personas autorizadas, el hombre menos inteligente, la mujer más escasa, se hacen más interesantes, hablando según la pobreza de sus medios que repitiendo siempre, —a manera de cotorras,—unas mismas frases.

Pero sí se pueden trazar grandes rasgos que ayudarán a las personas a dirigir su conversación i, al efecto, veamos lo que dicen sobre el particular personalidades tan competentes como ilustres.

Oigamos en primer término a un notabilísimo escritor inglés: «La conversación debe ser amena i alegre sin grosería, espiritual sin rebuscamiento ni afectación, libre sin indecencia, ilustrada sin pedantería ni suficiencia; si se habla de cosas recientes, de momento, no hai que añadir invención alguna.» «Esta conversación es mui rara,» añade el mismo escritor.

Ha llegado a la población en que vivimos un individuo, con el carácter de transeunte. *Si nos interesa* saber cuándo sigue viaje, de ningún modo le diremos, ya se trate de un simple conocido, como de un amigo íntimo de tiempo atrás: «¿I usted, cuándo se va?,» sino que hai que enmendar la frase así o de manera parecida: «Supongo, i es mi deseo, que permanecerá usted no pocos días entre nosotros.»

Ningún hombre culto i menos ninguna señora que merezca el título de tal, jamás harán preguntas tendientes a averiguar la clase de indisposición o enfermedad que ha tenido la persona con quien hablan o cualquier otra. A su turno, el que se hace escuchar tampoco descenderá a detalles semejantes, i con muchísimo menor razón, si se trata de ciertos males o de ciertos estados de la mujer.

Hai temas que, en *absoluto*, no se tocan en los círculos sociales, mal que se les disfrace con rodeos o giros que, por otra parte, pecan además contra el idioma i, consiguientemente, dejarían en Babia a cualquiera que no fuera de la localidad; es decir, a un extranjero i acaso a un forastero también.

Sucede frecuentemente que grandes habladores, que gentes demasiado locuaces, se apoderan de una de las personas que están en una reunión i, discurso tras discurso, enderézante tantos i tan largos, que no hai esfuerzo que valga para que el infortunado pueda ponerles fin. A los que así hacen, les recomendamos mediten un poco acerca de este consejo de otro escritor de nota: «Jamás retengáis a nadie por el botón de la levita o por la mano para hacerlos escuchar. Si no se os quiere oír, va e más que contengáis vuestra lengua, i no que los retengáis a ellos.»

Por absurda, por prolija, por fastidiosa que sea la conversación empeñada, no manifestéis impaciencia alguna mientras los otros hablan. No interrumpáis jamás. Tomad la palabra en el momento oportuno, i hablad con la mayor brevedad, claridad i elegancia que podáis. Es inoportuno guardar un mutismo obstinado, pero no hai que hablar demasiado. I, sobre todo, es de lo más impolítico monopolizar la conversación i condenar a todas las personas al silencio. Procurad no empeñaros en una discusión, por mui cortés que sea. Esto no quiere decir que debáis ocultar vuestras opiniones. No las disimuléis, no, que es indigno; pero no tratéis de imponer vuestras ideas o de convencer, que esto no corresponde sino a personas dotadas de un modo mui especial por la naturaleza. No critiquéis, por mui suavemente que podáis hacerlo.

No hagáis notar las inelegancias del lenguaje en los otros; permaneced impassibles al oír cometer faltas de gramática i contra el idioma. No digáis jamás al hablar: «*Pues* como le dije a usted; *pues*, la cosa pasó; *pues*, de este modo. . . .» «¿No se lo advertí a usted, *no?* I yo no soi hombre, *¿no?* que estoí dispuesto *¿no?* a tolerar por más tiempo *¿eh?* Conque *¿eh?* tendré razón o no *¿no?* etc., etc.» Todos estos estribillos i mil más que sería prolijo enumerar, trascienden a vulgaridad e ignorancia, i, en tal virtud, son rechazados con sobra de justicia por las personas

cultas. No hace mucho que el notable escritor D. José Manuel Marroquín hablaba donairosamente de estos defectos en una serie de artículos que vieron la luz pública en *El Correo Nacional* de Bogotá.

No hagáis repetir lo que no habéis podido oír o entender, excepción hecha únicamente del caso en que tengáis que responder. No comencéis vuestra conversación hablando del tiempo, de la estación. No habléis de vuestros asuntos personales, ni de vuestra familia, ni de materias profesionales o de cualquier otro género acerca de las cuales no entiendan nada las personas presentes o no tengan la virtud de interesarles. Mas si se os excita a que contribuyáis con vuestras luces sobre puntos como éstos, responded con cortesía, sin extenderos indefinidamente. No solicitéis la confianza de los demás; si os la quieren dar espontáneamente, no abuséis de ella. Antes de hablar de un defecto físico, tened el cuidado de observar si en la reunión hai alguna persona que adolezca de él.

No prolonguéis vuestra conversación con uno de los visitantes acerca de tema alguno que los demás no entiendan i en que, por consiguiente, no puedan tomar parte. No habléis mui alto. Guardáos de ilustrar vuestro discurso con expresiones extranjeras, excepción hecha de aquellas palabras i frases cuyo significado es más o menos conocido de las personas con quienes hablamos, por haber venido, como si dijéramos, a hacer parte de todas i cada una de las principales lenguas. No empleís grandes palabras para designar pequeñas cosas. No prodiguéis los «completamente,» «perfectamente,» «evidentemente,» etc., etc.

Ponéos en guardia, las más veces, contra las manifestaciones de pasmo, de asombro. Las personas bien educadas conservan, lo más que pueden, una actitud impasible cuando se les anuncia un suceso inesperado. Hemos dicho impasible, i es mucho decir; cuando se nos hace partícipes de un suceso feliz, de un goce inesperado, podemos expresar nuestro contento de forma que haga gozar aún más, digamos así, a la persona que nos da cuenta del particular.

Expliquémonos más aún. Si alguien nos revela un talento que ignorábamos, no hagamos manifestación de sorpresa. Equival-

dria a decir: «¿Es posible que este tal valga tanto? Jamás lo habría creído; lo que acabo de oír me hace cambiar de ideas en lo que respecta a la que consideraba infeliz personalidad de usted.» Ya véis que en este caso no puede ser más impropia la sorpresa.

Un joven o una joven ha contraído buen matrimonio, felicitadlos calurosa, afectuosamente, pero con sencillez. No os propaséis a los—«De veras?»—«¡Oh!»—«¡No es posible!»—«¡Dios mío, qué felicidad para vos i vuestros padres!»—No; huid de esas frases en que palpita la impertinencia, que permiten traducir que se considere como a una pastora a la desposada, i al desposado como a un rei, o que la felicidad del uno o de la otra, según el caso, está por debajo de su mérito, etc.

No os asombréis del buen éxito obtenido por una persona; del ascenso que se le ha conferido. Sorprenderse en tales casos es lo mismo que decir sin palabras: «¿Es eso justo?» «¿Es eso bien ganado?» Estos cuantos ejemplos indican en qué circunstancias hai que reprimir las manifestaciones de asombro.

Cuando una mujer relata ciertas cosas, debe dejar bien sobrentendidos los hechos, sin decirlos; i, a pesar de esta misma reserva, es mejor que jamás haga la relación de un acto escandaloso, sobre todo en presencia de un hombre. Parecería entonces manchada por el conocimiento de un género de infamia. Mas aún: si bien es cierto que entre mujeres de una misma edad se puede hablar de asuntos como los de que venimos haciendo referencia, es del todo preferible evitar semejantes temas de conversación que denotan, cuando menos, una curiosidad malsana.

Mantened a raya la contradicción, así en el mundo como en la familia. Cuando alguien no es de vuestra opinión, no os dejéis llevar de la ridícula rabieta o del arrebató vengativo. Se ven en las discusiones personas que replican con un caudal de palabras vulgares acompañadas con ademanes desordenados, sin que hablemos, naturalmente, de las vías de hecho. Nada de nota más la mala educación que se ha recibido i la falta de imperio sobre sí mismo.

Soportad que los demás piensen de un modo distinto del vues-

tro, aun cuando estéis persuadidos de que no son ellos los que tienen la razón.

Sostened vuestra opinión con dulzura, con calma al menos, i más aún, podéis, finalmente, decir, sonriéndolos: «Si gustáis, doblémos la hoja, pues no podemos entendernos.»

IV

Las personas bien educadas i las personas cultas, que siempre son sencillas i naturales, así como se esmeran en pronunciar correctamente cada palabra, sin omitir sílaba ni letra alguna, huyen de todo refinamiento ridículo, como el que en nuestro idioma emplea la gente cursi con la pronunciación exagerada de las *eses* i las *erres*.

Tampoco se vale de refranes, por ningún respecto, la gente delicada.

Numerosas son las personas que jamás pueden dar con el nombre de las otras personas, aunque más bien pudiéramos decir que no se toman el trabajo de recordarlo i hallan más cómodo designarlos con las palabras de «*éste*,» «*aquél*,» «*este Fulano*,» «*aquel Zutano*,» i otras, a cual más impolítica i vulgar. Proceden lo mismo con respecto a las cosas, i así se les oye hablar de «*este chisme*,» «*aquel chisme*,» por este libro, aquel sombrero, etc., cuando no son más groseros los epítetos con que designan los objetos.

En los altos círculos sociales, al hablar de su mujer jamás dice un marido: «Mi esposa,» «la señora de García,»—supongamos que se llama García el hombre que habla,—ni mucho menos «mi señora.» «Señora,» como sustantivo, significa únicamente en castellano el ama de la casa respecto de sus criados, i, en estilo familiar, la suegra; pero nunca la *mujer*. Emplea simplemente la designación «mi mujer.» Ahora, si les habla de ella a los criados, les dice «la señora.»—Cuanto a aquello de «*mi sed*» o «*misid*» no pasa de ser literatura criadil.

La mujer dice: «mi marido.» Hablándoles de él a los criados, «el Sr. García» o «D. Ernesto,» suponiendo, otra vez, que tal sea

el nombre del caballero en cuestión. Jamás García a secas, ni Ernesto.

Cuando a un hombre le hablan de su mujer, le dicen: «la señora de García» o «Doña Catalina,» si éste es el nombre de ella.—«¿Cómo está la señora de García?» «¿Cómo está Doña Catalina?»

Hablándole de sus hijas a un padre, no le dicen «su señorita,» «sus señoritas,» «las señoritas,» sino «su señorita hija,» «sus señoritas hijas,» «las señoritas Garcías.»

Hai que cederle aquí la palabra al delicadísimo escritor peruano D. Ricardo Palma:

«Fórmula correctísima para invitar es la que empleaba en Lima, Doña Angela Cevallos, mujer del virrei Pezuela:—«Mi marido i yo tendremos íntima satisfacción en que nos acompañe usted a comer el día de mañana.»

«La hoy desconsolada consorte de Don Antonio Cánovas del Castillo usaba la siguiente fórmula de invitación: «Tanto mi marido como yo, agradeceremos a usted que nos acompañe a comer, en confianza, mañana a las ocho.»

«Debe reconocerse que la fórmula *mi esposo* i *yo*, que es la empleada en Lima en los días que vivimos, es amaneradamente francesa. Desde Cervantes i demás escritores del siglo de oro, no teníamos en castellano más locuciones que éstas:—el marido i la mujer; el señor i la señora. Hasta los reyes escribían: la reina mi mujer, o el rei mi augusto marido. Las voces *esposa* i *esposo*, sólo se empleaban en sentido místico o bíblico: por ejemplo, al traducir el *Cantar de los Cantares*, como que vienen de *spondere* (empeñar palabra), de *sponsum* (promesa) o de *sponsus* (prometido). San Isidoro fué el primero en llamar *sponsus* (el Esposo) a Jesús, aludiendo a que es el prometido o el Esposo de la Iglesia.

«Cuando la invasión napoleónica, los afrancesados de España—el gran Moratín entre ellos—dieron en la flor de llamar a su mujer *mi madama* o *mi esposa*. I echaron la semilla en terreno fértil, pues hoy las damas españolas, así como las limeñas, tienen a menos emplear la castiza habla de sus abuelos. Yo no encuentro ni galante siquiera el vocablo *esposa*, porque su plu-

ral me trae a la memoria las manillas de fierro con que se sujeta a los criminales.

«Ni los Códigos traen a cuento al esposo i la esposa. Sólo hablan de marido i mujer.

«El virrei Amat, aunque catalán cerrado i con mala ortografía, era maestro en *billetería* (tolérenme el vocablo). Ya en otra oportunidad he hablado de la bien redactada esquelita que dirigió a ocho o diez personajes de la ciudad, citándoles en palacio a media noche, nada menos que para tratar con ellos de la expulsión de los jesuitas.

«Como su excelencia era solterón recalcitrante, sin hija ni conjunta que invitase a la mesa de familia, él se las campaneara con este billetico:—«Sin disculpa, que ninguna le será validera ante mi afecto, lo convido a comer mañana.—*Amat*»

«También tengo en un archivo una esquila invitatoria de la mejicanita hija del virrei Abascal:—«Ramona Abascal, en su nombre i en el del señor su padre, desea i espera ver a usted en palacio en la noche del jueves.»—¡Lástima que en dos renglones haya cuatro *en!*

Acostúmbrase recomendarles a los niños que digan *señor* o *señora* a cada palabra, cuando les hablan a los extraños. Está bien; pero cuidado de que no caigan en el abuso. Nada más fatigante que esta apelación de *señor* o *señora* a cada paso i venga que no venga a propósito. Las personas de tono son mui sobrias en lo que respecta a tal denominación, que es decir—no se sirven de ella sino cuando hace falta.

Nada revela tan mal gusto como disfrazar a las personas con sobrenombres i particularmente cuando son denigrantes o ridículos, cuando son apodos, en una palabra. No los empléis jamás con nadie, por mui graciosos que sean, excepción hecha del caso en que existan relaciones verdaderamente íntimas, afectuosas, i eso en privado, jamás en público. Si no es en tales condiciones, no soportéis, pero ni por un momento, sobre todo si sois mujer, que hablando con vos, se os designe con un epíteto, por mui bonito que suela ser. Al efecto, como debéis ser dulcemente políticas, podéis manifestar sin arrogancia ni aspereza alguna vuestro disgusto, diciendo con una sonrisa más o menos lo

que sigue: «Debiera agradarme mucho este cumplimiento; pero ved qué singular soi que prefiero se me llame simplemente por mi propio nombre.»

V

No se le dan las gracias a la persona que nos hace una visita, en virtud de que esta visita no es sino un préstamo—digamos así—i, de consiguiente, tenemos que pagarla. Sin embargo, esta regla—como todas las reglas—tiene sus excepciones.

Cuando una persona de edad se toma la pena de venir a ver a otra que es de mucho menos edad que ella, se le deben dar las gracias por su visita, pues los viejos están eximidos de multitud de los deberes del mundo, sin menoscabo alguno de las atenciones que hai que dispensarles.

Debemos, asimismo, expresar nuestra gratitud por la visita de una persona a quien absorben ocupaciones importantes, numerosas, i que, sin embargo, ha tenido a bien abandonarlas para proporcionarnos el placer de verla en nuestra casa, o también con respecto a una persona que, desafiando la fatiga de un largo camino, el rigor del frío, el del calor, nos viene a ver.

VI

No abuséis jamás de vuestra facilidad para decir agudezas. Una o dos, está bien,—distraen, divierten. Pero sin cesar i a propósito de todo, acaban por fatigar, por impacientar.

Cuanto al juego de palabras, esto es atroz. A lo sumo, lo hacen algunos en familia, cuando son verdaderamente graciosas. Las más veces resultan ser combinaciones forzadas i absurdas, rebuscamiento de palabras sin sal; así como, por el contrario, regularmente ocurre que son los niños i las personas que tienen ingenio, sin saberlo, los que forman los asombrosos i bonitos juegos de vocablos.

VII

Los que están dotados de una voz dulce han recibido un precioso don de la naturaleza. Son todopoderosos para hacer el